

hasta los 50, y con mucha razón, pues en zonas periféricas, como Bolivia y la República Dominicana, por ejemplo, hubo tendencias vanguardistas hasta muy tarde. En el caso del Caribe, André Breton recién fue invitado a Santo Domingo en los 40 por los vanguardistas dominicanos. Volviendo a la obra de Bosshard, estamos ante un aporte ineludible al debate interminable sobre el alcance y legado de las vanguardias literarias de ambos polos del hemisferio. Lo único que hay que observar son dos asuntos. En este libro el lenguaje hiperteórico (especialmente de los apartados XI y XII del primer capítulo y del último) puede intimidar al lector no especializado. La ausencia de la vanguardia antillana debilita el carácter globalizante de su reflexión teórica.

Miguel A. Valerio

The Ohio State University

Rubén Darío. *Crónicas viajeras. Derroteros de una poética*. Rodrigo J. Caserani, editor. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 2013. 335 pp.

Rubén Darío. *Viajes de un cosmopolita extremo*. Graciela Montaldo, editora. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013. 391 pp.

En cierto modo, llama la atención que se haya tenido que esperar prácticamente hasta el centenario de la muerte de Rubén Darío para ver publicada una selección de sus crónicas de viaje. Sin duda esto se debe a la perma-

nente trascendencia historiográfica de su obra en verso, de sus manifiestos estéticos o de su prosa más lírica, pero, como contraste, también hay que mencionar que numéricamente las crónicas constituyen casi dos tercios de su obra y que, dentro de éstas, las crónicas de viaje conformarían casi la mitad. Y aunque todavía falta una monografía actualizada sobre esta dimensión de sus escritos, también debe recordarse que resulta casi imposible encontrar un volumen colectivo que no contenga al menos uno o dos trabajos que no se refieran al cosmopolitismo físico o cultural de Darío. Dos recopilaciones relativamente recientes, como la de Ángel Esteban (2007) o la de Rocío Oviedo (2013) son sólo un botón de muestra de estas lecturas o hacercamientos críticos, y que es algo que lleva cumpliéndose incluso desde los homenajes inmediatamente posteriores a la muerte del poeta. El reciente despertar de los enfoques transatlánticos y el interés por las trayectorias itinerantes de los escritores del subcontinente, con recopilaciones como la de Carmen de Mora (2012), no han hecho más que consolidar esa lectura de su obra y vindicar de nuevo a Darío como otro de los principales referentes de la literatura latinoamericana.

Además de constituir una feliz coincidencia, cada uno de estos volúmenes presenta interesantes méritos propios. Así, la edición de Rodrigo Caserani incluye algunas crónicas desconocidas o inéditas hasta ahora, procedentes de la etapa rioplatense del autor de *Los raros*. Por su lado, Graciela Montaldo

propone una lectura y una tipología de este grupo de crónicas tan útil como certera. Obviamente, las dos selecciones coinciden también en vincular la crónica de viajes con la modernidad y el espacio urbano. Caserani, con una atención a la dimensión textual del corpus, trata de mostrar cómo la escritura de la crónica es un intento de formalizar o controlar el espacio urbano moderno, que tendería a la dispersión y al caos, y que podría resumirse como una combinación de museo y de bazar. Como en poesía, en la prosa de sus crónicas urbanas, Darío habría aplicado también el marco de los “paisajes de cultura” que comentó Pedro Salinas, ya que el Darío viajero es también un lector y la lectura es principalmente un hecho reglado. Por esta vinculación con el lenguaje y el estilo modernista, la crónica se convierte también en un espacio de reflexión sobre la poética del *fin de siècle*, tanto a nivel individual como a nivel gremial, y así en un texto convergente con los manifiestos meta-poéticos.

Por su lado, Graciela Montaldo insiste más en la zigzagueante biografía de Darío, con sus vaivenes transatlánticos y sus encuentros y desencuentros con una modernidad caracterizada por la heterogeneidad y los claroscuros éticos o culturales. Como escritor transatlántico Darío habría resultado una especie de mesías que por una parte habría redimido el provincianismo mental y estético de las literaturas hispánicas de ambos lados del océano y por otra habría conseguido materializar la unificación y modernización de la escritura de España e

Hispanoamérica. Las tres perspectivas desde las que Darío lee los espacios de sus viajes serían la geopolítica y cultural, la consideración de la ciudad como archivo y como experiencia, y su consideración como espectáculo. La primera proporcionaría a Darío una lectura transatlántica tanto personal como comunitaria o cultural y también su percepción de una modernidad desequilibrada, con progresos, pero también con amenazas; la segunda resucitaría en él su culturalismo libresco y le haría rescatar, a modo de museo literario, las diferentes categorías identitarias radicadas en el pasado artístico. Finalmente, la condición de “espectáculo” de la ciudad moderna sería una de sus notas propias y originales frente a la ciudad decimonónica y por ello sería necesariamente contemplada por el escritor finisecular de forma diferente al escritor realista o al romántico, pues se trata de un espacio ya distinto, el de la agitación nerviosa del que habló Georg Simmel, caracterizado por el protagonismo de las masas, y por la prioridad del ocio y las formas de sociabilidad multitudinarias.

Estas concepciones del viaje en ambos editores conllevan una selección de textos que presenta importantes coincidencias y también significativas divergencias. Así, Caserani divide su selección en tres partes: el viaje moderno (miradas urbanas), el viaje ilusorio (la ensoñación modernista), y el viaje estético (programas darianos). La primera de esas secciones, la más coincidente con la selección de Montaldo, está a su vez dividida en otros tres apartados, el primero

dedicado a las ciudades americanas, el segundo a los contrastes y disonancias de la ciudad moderna, y un tercero exclusivamente a París. Por su lado, Montaldo hace una selección más transversal, siguiendo las tres categorías lectoras que explica en su introducción y que a mi juicio quedan suficientemente confirmadas en su operatividad. Su selección se completa con un escueto índice de los viajes de Darío.

Aunque, por tratarse de antologías, no pueden considerarse ediciones críticas propiamente hablando, ambos trabajos se han esforzado por ofrecer unos textos limpios y fiables, cotejando las primeras apariciones de cada crónica, tanto en la prensa escrita como en volúmenes orgánicos. De todos modos, en el caso de Montaldo quizá deberían haberse añadido algunas notas explicativas más y haber trabajado un poco más cuidadosamente la parte historiográfica, para haber evitado errores como los referidos a la biografía de Francisca Sánchez, a la que Darío conoció realmente en Madrid y que tampoco fue su segunda esposa. Por su lado, la edición de Caresani es especialmente rica en notas explicativas o filológicas, aunque algunos lectores podrán cuestionar la inclusión de textos metapoéticos en una antología de este tipo, sobre todo si se entiende el concepto de viaje en su sentido más geográfico. En cualquier caso, en ambas selecciones estos son detalles menores comparados con el resto de los aciertos particulares y su aportación conjunta. La presentación de un corpus en parte inédito y que en su totalidad permite leer a Darío de

forma más sincrónica, más ajustado a lo que histórica y cuantitativamente fue su producción literaria y periodística, hace de ambas ediciones una lectura ciertamente obligatoria.

José M. Martínez

The University of Texas-Pan
American

Francisco García Jurado y Roberto Salazar Morales. *La traducción y sus palimpsestos: Borges, Homero y Virgilio.* Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2014. 158 pp.

F. García Jurado, profesor de Filología latina en la Universidad Complutense, y R. Salazar Morales, investigador de Literatura comparada en la Université de Paris IV-Sorbonne, abordan la obra borgiana a la luz de recuerdos homéricos y virgilianos que, a modo de palimpsestos, delinean surcos por los que transitan muchas de las creaciones del autor de *El Aleph*.

En este estudio, breve pero sustancial, sus autores comienzan por señalar la relación de Borges con las llamadas lenguas clásicas; así pues recuerdan que Borges no sabía griego, sí, en cambio, latín, lengua que había aprendido durante sus estudios secundarios en Ginebra y Mallorca, pero que, con los años, fue olvidando. Pese a ese olvido, de manera constante y silenciosa, versos latinos emergen conformando una suerte de cuenca semántica que alimenta parte de su imaginario poético. En ese sentido, cabe recordar que Borges, en tres ocasiones, consigna “mis noches están